

Gibbon, Burke y monseñor Erskine

Gibbon, Burke, and Monsignor Erskine

Antonio Lastra¹

La torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales
Avanzados (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4470-4494>

Recibido: 27/12/2025

Aceptado: 02/03/2026

Resumen

El propósito de estas páginas es recrear –siguiendo las pautas de Walter Savage Landor– una conversación que tuvo lugar a finales de 1793 –el año del Terror– entre el historiador filósofo Edward Gibbon, el estadista y orador Edmund Burke y monseñor Charles Erskine, nuncio del Papa en Inglaterra. El trasfondo de esa conversación nos interesa aún al pensar en la forma política adecuada al presente: entre la *Declinación y caída del Imperio romano* y las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* –los títulos de las obras más conocidas de Gibbon y Burke– puede establecerse una relación paradigmática, en la que la Iglesia católica sería un tercer pilar. Gibbon y Burke formaban parte de la larga controversia sobre las afinidades electivas entre la Revolución (entendida como una violación de la *res publica* europea) y el Imperio.

Palabras-clave: Gibbon, Burke, Erskine, Landor, *Declinación y caída del Imperio romano*, *Revolución en Francia*.

Abstract

The purpose of these pages is to reconstruct –following the guidelines of Walter Savage Landor– a conversation that took place in late 1793, the year of the Reign of Terror, between the philosopher-historian Edward Gibbon, the statesman and orator Edmund Burke, and Monsignor Charles Erskine, the Pope's Nuncio in England. The background to this conversation remains

¹ (antonioastra@latorredelvirrey.es) Investigador colaborador del Instituto Franklin de la Universidad de Alcalá y director académico de La torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados. Curriculum vitae https://www.latorredelvirrey.es/wp-content/uploads/2026/03/CV_AntonioLastra_CurriculumVitae2026.pdf.

of interest when reflecting on the political form appropriate to the present: between *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* and *Reflections on the Revolution in France*—the best-known works of Gibbon and Burke—a paradigmatic relationship may be discerned, in which the Catholic Church would constitute a third pillar. Gibbon and Burke were part of the long controversy over the elective affinities between the Revolution (understood as a violation of the European *res publica*) and the Empire.

Keywords: Gibbon, Burke, Erskine, Landor, *Decline and Fall of the Roman Empire*, *Revolution in France*.

I passed a delightful day with Burke; an odd one with Monsignor Erskine, the Pope's Nuncio.

Edward Gibbon a lord Sheffield

St. James's Street, lunes 25 de noviembre de 1793

Nos haría falta el don tan mimético respecto a la naturaleza humana como irrepetible de Walter Savage Landor para las *Conversaciones imaginarias* —lo que su amigo el poeta laureado Robert Southey llamó el *non imitabile fulmen*— si quisiéramos recrear la conversación, real en esta ocasión pero inédita y perdida por completo para la posteridad, que, pocas semanas antes de su muerte, el “historiador filósofo” (la frase es suya y valdría tanto para Tácito o Montesquieu como para él mismo) Edward Gibbon mantuvo con el estadista y orador Edmund Burke, autor de las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1790), y monseñor Charles Erskine, nuncio papal en Inglaterra, de la que solo tenemos constancia por la carta que el 25 de noviembre de 1793 —con posterioridad a esa fecha solo escribiría seis cartas más que se hayan conservado— Gibbon le envió desde Londres a su amigo, y futuro albacea de su obra, John Baker Holroyd, lord Sheffield, que la incluiría en su edición póstuma de los *Miscellanea* de Gibbon, al frente de los cuales dispuso su peculiar composición en una sola narración de las inacabadas *Memorias de mi vida* (1796), que resultaría determinante para la reputación del autor de *La historia de la declinación y caída del Imperio romano* (1776-1788) durante las guerras contra el Imperio napoleónico y la Restauración. En la misma carta, Gibbon daba cuenta de las noticias que llegaban de Francia, donde parecía que podían albergarse “esperanzas en tierra y mar” si era cierto que los realistas habían tomado la ciudadela de Dol y derrotado a los *sans-culottes* —lo que en modo alguno disgustaba a Gibbon, aunque la información proviniera de los jacobinos—, y se preguntaba “cuántos minutos llevaría guillotinar a los setenta y tres nuevos miembros de la Convención” que habían sido arrestados, en referencia seguramente a la detención de los

girondeos muchos meses antes. Según los registros de la época, veintiuno de ellos fueron guillotizados en treinta y siete minutos.

La frase de Gibbon, que encabeza como lema estas páginas, sugiere que se trató de una sola jornada y que había pasado “un día delicioso” con Burke y (o tal vez fuera *pero*; el punto y coma de Gibbon es sintácticamente tan magistral como ambiguo, pues no sería aventurado conjeturar que hubieran sido dos días distintos en lugar de dos estados de ánimo contrarios) “extraño” con monseñor Erskine. *Odd* podía tener también –como anotó el doctor Johnson en su *Diccionario*– una acepción despectiva o de disgusto, además de indicar una diferencia o particularidad, que conviene retener, aunque con toda seguridad no por el propio Erskine, del que apenas sabemos sino que acababa de llegar a Inglaterra, tal vez después de haber sido enviado oficiosamente a la Francia del Terror, donde su diplomacia vaticana habría sido en cualquier caso tan peligrosa como inútil –seguiría siendo así hasta el Concordato de 1801–, y que informaría al Vaticano en una correspondencia en cierto modo superficial, que en parte pudo ser suplida por conversaciones con Burke más o menos informales y vinculantes para ambos sobre la situación de los católicos irlandeses y en la misma Inglaterra. Erskine era escocés de nacimiento y había recibido una esmerada formación jurídica, además de poseer una refinada delicadeza de trato, con la que ayudaría a establecer las relaciones internacionales de Pío VI y Pío VII en un periodo de extremada dificultad para la Iglesia católica. Lo más probable es que Burke introdujera a Erskine en diversos ambientes ingleses, aunque por la época del año (Erskine la llama *villegiatura* en las cartas a sus superiores en Roma, en las que menciona explícitamente las gestiones de Burke) las figuras más relevantes aún no habían vuelto a Londres –el príncipe regente se disculpaba por su ausencia– y la sesión en el Parlamento no se iniciara hasta diciembre. Esa relativa tranquilidad facilitaría el encuentro con Gibbon.

Más bien la conversación debió de resultar extraña por el hecho de que la adhesión de Gibbon, considerado un librepensador, al catolicismo o –en el lenguaje de la época– papismo, al que se había convertido de una manera un tanto libresca en su juventud y del que apostataría durante sus años de exilio y aprendizaje forzados en la calvinista Lausana, siga siendo una de las cuestiones disputadas en la interpretación de los estratos más profundos de la *Declinación y caída* –y de la *última religión* del autor–, al igual que lo es la relación del latitudinario Burke con el catolicismo que profesaba su familia materna en Irlanda, así como su suegro, Christopher Nugent –una figura tutelar en su educación, que lo introduciría en los círculos literarios de la época–, y que defendió públicamente en numerosas ocasiones. Gibbon y Burke eran miembros del Parlamento cuando se produjeron los tumultos promovidos por el intransigente protestante lord Gordon –los *Gordon Riots*– en protesta por la promulgación de la ley de 1778 que despejaba el acceso de la profesión de fe

católica a la vida política, menoscabando así la jerarquía anglicana. En 1796, Burke describiría *ex post facto* en su *Carta a un noble señor* –donde revelaría un *seasoning of personality* que lo convertiría en el más autobiográfico de todos sus escritos y se sobrepondría a sus primeros impulsos como parlamentario, que no estaban muy lejos de querer dictar él mismo “la forma y esencia mismas de la legislación”– lo que consideraba amenazas a la Cámara de los Comunes de los reformistas anteriores a la Revolución en Francia, que se sumaron a la violencia de Gordon, como un precedente de la “revolución democrática” que podría haberse producido en Inglaterra:

Al mismo tiempo, una especie de Convención Nacional, de naturaleza dudosa y de peligroso ejemplo, se inmiscuyó en la misma sede de la autoridad del Parlamento, tomó asiento con una especie de superintendencia sobre él y poco menos que le dictó no solo leyes, sino la forma y esencia mismas de la legislación.

En su correspondencia, Gibbon anotó, con el lenguaje que el historiador ya había hecho característico en las primeras entregas de la *Declinación y caída*, que el mes de junio de 1780 “quedará marcado para siempre por un oscuro y diabólico fanatismo”. Lord Sheffield se destacaría, por su parte, en la represión de la revuelta protestante.

En cualquier caso, probablemente esa conversación fuera la última de importancia del reservado y muy selectivo conversador que era Gibbon, quien no solo había coincidido durante años con Burke en el Parlamento –donde guardaría, sin embargo, un escrupuloso silencio–, sino también en el Club por antonomasia de Johnson y Joshua Reynolds, donde sus intervenciones, como en otros clubs, solo se producían cuando el historiador había estructurado mentalmente todas las frases de su argumento y no toleraba luego interrupciones mientras lo exponía. En los días siguientes aún se encontraría brevemente con John Moore, arzobispo de Canterbury y primado de la Iglesia anglicana, y con William Pitt, primer ministro del reino en aquel momento, y volvería incluso a ver a Burke en Londres, como anotaría lord Sheffield en su narración de los últimos días de Gibbon. De acuerdo con Sheffield, “los paralelos que [Gibbon] trazó y las comparaciones que hizo entre los principales dirigentes de este país fueron esbozados con su mejor estilo y resultaron infinitamente interesantes” cuando los contó durante su fugaz y postrera estancia en la residencia del aristócrata en Sussex a finales de año. Gibbon murió inopinadamente en Londres el 16 de enero de 1794 y fue enterrado en el mausoleo familiar de Sheffield Park. Burke, que mantendría sus convicciones en medio de una sucesión de amarguras personales y decepciones públicas –su hermano y su hijo morirían ese mismo año, en el que vería frustrado definitivamente el *impeachment* de Warren Hastings y detenido el avance de la guerra contra la Revolución en el

continente–, le sobreviviría dos y medio más, hasta su muerte en julio de 1797. Por su parte, monseñor Erskine, cuya misión en Inglaterra se prolongaría hasta 1801 y que sería nombrado cardenal en 1803, murió en 1811 en París, donde había sido llamado a consultas por el régimen napoleónico, y fue enterrado en la iglesia de Santa Genoveva, el Panteón revolucionario.

Ni Gibbon ni Burke, ni mucho menos Erskine, que habrían podido llegar a ser todos ellos lectores del joven latinista que fue Landor, serían, a pesar de su notoriedad en la época y su marcada idiosincrasia, interlocutores en el largo centenar de *Conversaciones imaginarias* que empezaron a publicarse en 1823 y se extenderían hasta la muerte de Landor en 1864, a diferencia de otras personalidades menos conocidas, antes y después de la Revolución en Francia que cruzaría todas las líneas de sección: estadistas, literatos o eclesiásticos como David Hume y John Home, Rousseau y Malesherbes, Washington y Franklin, Alfieri y Salomón, el judío florentino; el doctor Johnson y John HorneTooke, lord Chesterfield y Chatham (Pitt el Viejo), el zar Alejandro I y Capo d'Istria, Rosmilley y Wilberforce, Windham y Sheridan, Pitt (el Joven) y Canning, Luis XVIII y Talleyrand; Hofer, Metternich y Francisco I; Nicolás I, Federico Guillermo y Nesselrode; Luis Felipe de Orleans y Guizot (que traduciría la *Declinación y caída* de Gibbon al francés), Thiers y Lamartine o Napoleón y el presidente del Senado entre otros, algunos de los cuales reaparecerían en varias conversaciones. El lector de Landor podía hacerse cargo entonces de la situación histórica del siglo, con toda su complejidad dramática, sus convencionalismos psicológicos y sus gestos inequívocos, que Landor no siempre captó eliminando toda su rudeza de temperamento y expresión, sin echar en falta nada de lo esencial, y aún podría hacerlo doscientos años después si Landor no hubiera quedado ensombrecido incomprensiblemente en el canon de referencia: no hay una sola edición crítica de sus obras en inglés ni una recepción adecuada de sus escritos en latín, que habrían hecho la delicia de Gibbon. Jonathan Israel ha observado que el republicanismo clásico, que fue el denominador común de la tradición hasta la publicación de la *Declinación y caída*, fue prácticamente irrelevante para la Ilustración radical de la que la Revolución en Francia provenía, por mucho que los revolucionarios lo remedaran en los discursos de las asambleas y hasta en su indumentaria, antes de que la pauta romana fuera sustituida por la *interpretatio graeca*, que Landor ensayó en *Pericles y Aspasia* y en muchas de las *Conversaciones*. Republicano convencido, sin embargo, y enemigo de toda forma de despotismo, incluida la tiranía de la mayoría y la intolerancia eclesiástica, Landor fue, como Burke y Gibbon, conservador, e incluso reaccionario por momentos, al mismo tiempo que liberal, y encarnaría, como ellos, todas las contradicciones características de la literatura inglesa enfrentada al jacobinismo. Hay un eco landoriano en la voz de la poesía que Michael Oakshott oyó en la conversación de la humanidad.

Mencionado en varias *Conversaciones* como el gran escritor de historia en inglés, que prevalecería sobre el triunvirato formado por William Robertson, Adam Smith y Hume (a los que habría que añadir a Adam Ferguson, historiador de la república romana y la sociedad civil), y en cuya prosa el deleite que obtiene el lector y la ironía infinita del autor no se limitaban a ser meros auxiliares del conocimiento, Landor evocaría a Gibbon en sus tardíos y más melancólicos libros, *The Last Fruit off An Old Tree* (La última fruta de un viejo árbol, 1853) y *Dry Sticks, Fagotedby Walter Savage Landor* (Leña seca, atada por Walter Savage Landor, 1858, que Landor habría querido que se titulara *Fagoted by the late Walter Savage Landor*). En el primero, en medio de una discusión sobre el papismo en Gran Bretaña y en el extranjero, Landor unía el nombre de Gibbon a los de Conyers Middleton, Voltaire y Bayle en una serie digna de la Ilustración radical a propósito de las relaciones entre el papado y el paganismo –y la ilegitimidad del legado de Pedro y la donación de Constantino– que Middleton había expuesto en su famosa y controvertida *Carta desde Roma*. En sus *Memorias*, Gibbon elogiaría, tal vez por encima de su valor real, el “espíritu libre” de Middleton, a quien debía su descubrimiento de Cicerón –es imposible no recordar el último párrafo del tercer capítulo de la *Declinación y caída*– y anotaría escrupulosamente el momento en que “muchos años después, cuando el nombre de Gibbon se había hecho tan notorio como el de Middleton, se susurraba industriosamente en Oxford que el historiador se había vuelto papista”. Landor dedicaría una conversación imaginaria al encuentro de Middleton con Antonio Magliabecchi en Florencia, en la que el famoso bibliotecario de los Médici refutaba piadosamente la refutación de los milagros del erudito. Gibbon, que se sentía muy orgulloso del capítulo XXI de su historia –el momento atanasiano del Imperio–, tuvo que defenderse durante toda su vida de las repercusiones indeseadas que habían tenido los capítulos XV y XVI, en los que había expuesto el progreso de la religión cristiana y la conducta del gobierno imperial. Hasta aquí todo era una evocación de la pura *érudition* al estilo del siglo XVIII sin los estremecimientos de la Revolución.

Mucho más conmovedor, sin embargo, e incluso romántico en el tono, es el largo poema que Landor dedicaría a Gibbon en *Dry Sticks*. Landor lo comparaba –sin mencionarlos– con Shakespeare y Milton al tiempo que enaltecía a Inglaterra sobre la Antigüedad: Gibbon superaría de hecho a Tucídides, a quien Landor mencionaba explícitamente. Aunque la poesía estuviera lejos del alcance de Gibbon, “la historia más seria encuentra siempre su propia musa”. El terreno del historiador marchaba entre “pilares y cornisas cubiertos de ortigas” y –en una imagen espléndida– “cavernas palaciegas atestadas / de escombros de nombres obliterados”. A diferencia de quienes desde el principio habían reprochado a Gibbon su estilo, Landor afirmaba que “las palabras tienen sus lugares adecuados” y escuchaba “el gran lenguaje que

se henchía bajo cúpulas doradas, / bizantinas, sirias, persepolitanas, / o donde yace en el polvo el amo ebrio del mundo”. “Todo fue Roma” (*All was Rome*), terminaba diciendo Landor, con una frase que compendia como pocas lo habían hecho hasta entonces o lo han hecho después el propósito de Gibbon en la *Declinación y caída*. Gibbon, que en el penúltimo capítulo de su obra se referiría a los grandes concilios del siglo XV como “los estados generales de Europa” antes de describir, en el último, el destino de la ciudad de Roma durante la Edad Media, abriendo así una perspectiva europea a lo que ya no era ni sería Roma ni debía ser el Imperio, publicaría los tres últimos volúmenes de su obra –dedicados a la imitación imperial en Bizancio– en 1788, coincidiendo con la convocatoria de los Estados Generales en Francia, en cuya composición Burke vio el verdadero inicio de la Revolución, un año antes de la toma de la Bastilla y cuatro antes de la ejecución de Luis XVI y María Antonieta. A pesar de todos los obstáculos y cesuras e interrupciones, sería tentador trazar una continuidad como tipos ideales entre los sintagmas de Gibbon y Burke –la declinación y caída del Imperio romano y la Revolución en Francia–, y no es difícil ver desde luego que entre las ‘Observaciones generales sobre la caída del Imperio romano en el Oeste’ de Gibbon, publicadas al final del capítulo XXXVIII de la *Declinación y caída*, pero escritas muchos años antes, y las *Cartas sobre una paz regicida*, en las que Burke describe la Revolución en Francia como una “ruptura violenta de la comunidad de Europa”, hay una misma línea cuyo grosor conceptual ha ido en aumento desde entonces. Gibbon y Burke formaban parte de la larga controversia sobre las afinidades electivas entre la Revolución (entendida como una violación de la *res publica* europea) y el Imperio.

Las *Conversaciones imaginarias* contaban entre sus fuentes los diálogos de los muertos que se remontaban a su vez hasta la mitología platónica y que Luciano, Bocaccio, Fénelon y Fontenelle habían cultivado antes de Landor. Gibbon, que durante su estancia en Roma observaría que sus conversaciones, en cierto modo, eran más bien con los muertos que con los vivos, dejaría una nota en el más completo de los borradores de sus *Memorias* que podríamos considerar ahora un nexo entre la retórica de Burke y la poética de Landor:

Pido permiso para suscribir mi asentimiento al credo del señor Burke sobre la Revolución en Francia. Admiro su elocuencia, apruebo su política, adoro su caballerosidad y casi puedo excusar su reverencia por los establecimientos de la Iglesia. He pensado a veces en escribir un diálogo de los muertos en el que Luciano, Erasmo y Voltaire reconocieran mutuamente el peligro de exponer una *vieja* superstición al desprecio de la multitud ciega y fanática.

Por extraño que parezca, Burke podría ser el trasunto de Voltaire en ese nuevo diálogo de los muertos, en el que Erskine reencarnaría sin duda a Erasmo

y el propio Gibbon a Luciano. No exponer una *vieja* superstición al desprecio de la multitud ciega y fanática exigía desde luego un equilibrio muy precario entre la literalidad y la reticencia.

El equilibrio entre la literalidad y la reticencia podría ser una clave de lectura de la obra de Burke, que fue eminentemente oral y cuya escritura registra solo de manera parcial lo que pensaba y decía. (Es significativo, por otra parte, que buena parte de sus escritos adopten la forma de la correspondencia, en sí misma un sustituto de la conversación, que favorece la confianza del lector e incluso –como ha señalado Ralph Lerner– el aspecto apologético propio del *kalām* islámico. Las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* tienen, en este sentido, más de un parecido con la *Guía de perplejos* de Maimónides.) Burke habría podido ser, de hecho, el protagonista de una primera conversación imaginaria con Grenville que Landor le propuso al diplomático Robert Adair –que había polemizado con Burke a propósito de la *Carta a un noble señor*, difuminando la responsabilidad de los aristócratas en los asuntos públicos– para el *Morning Chronicle*, donde William Hazlitt (el autor de la *Vida de Napoleón*) y Charles Dickens (el autor de *Historia de dos ciudades*), antes y después de Landor, se darían a conocer como periodistas políticos. La propuesta llegó en medio de las guerras napoleónicas y fue rechazada. Sidney Colvin, el biógrafo de Landor de quien procede la información, da por supuesto, con razón, que se trataba de William Grenville (1759-1834), ministro de Asuntos Exteriores británico y futuro primer ministro, con quien Burke había mantenido más de una conversación en vida –Grenville estaba vivo cuando Landor propuso la conversación, aunque se había retirado de la primera línea política y convertido en rector de la Universidad de Oxford– y con el que coincidió en la lucha por la emancipación católica en el Parlamento; de haber vivido unos años más, Burke habría apoyado sin titubear la política antirrevolucionaria de Grenville, aunque al frente del gabinete fracasara en su intento de firmar la paz con Napoleón, y la abolición del tráfico de esclavos. (Grenville defendería, por su parte, la controvertida pensión real recibida por Burke.) Sin embargo, podría haberse tratado perfectamente de su padre, George Grenville (1712-1770), que fue también primer ministro y cuya política fiscal, basada en la disminución de impuestos en Inglaterra, suscitaría, con la aprobación del *Stamp Act* en 1765, la rebelión de las colonias americanas y la Declaración de Independencia en 1776. Es más que probable que la descripción póstuma del primer Grenville que Burke esbozó en su *Discurso sobre la tasación en América* (1774) reflejara los esfuerzos por emanciparse de la vieja generación *whig* –o al menos de la estrechez de miras asociada a la estricta observancia de la ley, en una época de corrupción heredada de la prolongada administración de Walpole, y el ejercicio del *officium* político que caracterizaron al primer Grenville– y que esa hubiera podido ser la inspiración de Landor para una conversación imaginaria

con Burke. Cuando Burke entró en el Parlamento por primera vez en 1765, la posición de los partidarios del marqués de Rockingham a los que debía su escaño era que el aumento de la imposición fiscal a las colonias para reducirla en la metrópoli perjudicaría el libre comercio británico. Burke aprovechó la oportunidad para intervenir en esa dirección en los debates e iniciar así su larga carrera como orador: la simpatía por la disensión americana y sus esfuerzos por la conciliación, no exentos de sospecha (como Marx se encargaría de reiterar en el primer volumen de *El capital*), han condicionado siempre su animadversión por la *maladie* francesa. (Gibbon, en cambio, miembro también del Parlamento entre 1774 y 1783, no solicitó la palabra en ninguna de las ocho sesiones a las que asistió y se limitó a escuchar, considerando que los debates eran “una escuela de prudencia civil, la primera y más esencial virtud de un historiador”, en buena medida gracias a los discursos y propuestas de Burke, algunas de las cuales, sin embargo, lo perjudicarían personalmente, como anotaría en sus *Memorias*.) Burke viviría lo suficiente como para mantener la tensión entre las sucesivas generaciones liberales en su tardía *Apelación de los viejos whigs a los nuevos* (1791). El Burke que aparece citado en algunas de las *Conversaciones imaginarias* —entre Johnson y Horne Tooke, entre Demóstenes y Eubúlides (Burke se identificaría con Demóstenes), entre Pitt y Canning (donde se alababa su espíritu de profecía, pero no su conocimiento de las finanzas, que, sin embargo, Adam Smith elogiaría por su afinidad con el suyo y su exactitud) o entre el duque de Richelieu, sir Firebrace Cotes, lady Grenglin y el señor Normanby— es un ejemplo destacado de lo que Kari Palonen ha llamado el “pensamiento parlamentario”, basado en la concepción de la independencia de los representantes respecto a sus votantes que Burke defendería en el *Discurso a los electores de Bristol* en 1774 con el que daría comienzo verdaderamente su carrera política.

Landor podría haber escrito, de hecho, una conversación imaginaria entre Burke y Charles James Fox —sucesor de Rockingham al frente de los *whigs*— que hiciera justicia a la asociación, primero, y la rivalidad descarnada después de los dos grandes estadistas liberales. Burke habría salido, sin embargo, malparado en esa conversación como casi puede deducirse del *Comentario* que Landor escribió sobre la vida y carácter del opositor por excelencia al *establishment* inglés del que formaba parte y que apoyaría incansablemente la Revolución en Francia, de quien Burke se separó de manera ostensible durante una sesión del Parlamento, sentándose junto a Pitt en el banco del gobierno. Publicado a principios de 1812, el *Comentario* de Landor—dedicado a James Madison, entonces presidente de los Estados Unidos, con los que Inglaterra entraría en guerra en junio de ese mismo año— desaparecería rápidamente de la circulación y no volvería a editarse hasta un siglo después, en 1907, a partir del único ejemplar disponible. “Condenado a la noche eterna” por su autor y

muy poco leído –un libro raro entre los libros raros de Landor–, el *Comentario* es una muestra clara de los argumentos liberales de Landor, de su preferencia ponderada por Fox y de su creencia en un único mundo de lectores en inglés que comprendía también los Estados Unidos –la guerra con Inglaterra sería en su opinión una guerra civil– y prefiguraba su célebre carta a Emerson. El *Comentario* de Landor ofrece una descripción temprana e ingenua del mundo liberal salido del sistema de partidos inglés del siglo XVIII y de una sociedad que deseaba la abundancia y requería, por tanto, la seguridad en el momento en que Inglaterra iniciaba su propia expansión imperial. (Todo cuanto Burke dijo sobre Irlanda y la India dependía de estas ecuaciones casi imposibles de despejar.) Si la sociedad carece de abundancia y seguridad –según Landor– no está gobernada, sino sometida, cualquiera que sea el régimen político de facto. Las guerras revolucionarias habían roto todas las adhesiones y afectos tradicionales –lo que paradójicamente favorecería tanto la expansión del individualismo posesivo como la totalización del Estado– hasta el punto de que Landor no veía una diferencia clara entre el régimen de Napoleón y el de Pitt. “Nosotros –escribía Landor– remachamos la cadena, [Napoleón] rompe la pierna al partir el eslabón.” Sin embargo, Fox había mostrado su admiración incondicional por Robespierre y Napoleón y, por su parte, Landor no ocultaría su simpatía por Fox. Por momentos, el *Comentario* de Landor parecía un intento por refutar las *Observaciones sobre la conducta de la minoría en la sesión de 1792-93*, donde Burke había advertido de las consecuencias funestas de lo que hoy llamaríamos el populismo y el pacifismo de Fox. En un pasaje que tal vez fuera un boceto de la conversación imaginaria que había sugerido a Adair, Landor situaba a William Grenville muy por encima de Fox y Pitt y lamentaba que Burke, “el único miembro del Parlamento cuyas miras eran amplias y cuyas lecturas tenían un propósito práctico”, fuera más virulento incluso que Grenville a la hora de declarar las hostilidades con Francia.

Su elocuencia sin rival –escribe Landor– fue fatal para nuestra gloria; silenció nuestro renombre de justicia y sabiduría, minó nuestra prosperidad interna e invadió nuestra paz doméstica. Era tan claro como magnífico al desarrollar y exponer sus grandes principios, pero se precipitó por caminos que no había explorado y el fantasma que perseguía derribó la lámpara de su mano.

No está claro, sin embargo, si Landor se refiere en este pasaje a Grenville o a Burke, pero ese fue el juicio definitivo sobre los dos grandes adversarios de Fox. No menos que la conversación imaginaria inédita de Grenville y Burke o la oposición a Fox, la conversación de Gibbon, Burke y Erskine nos devuelve al momento histórico en el que las más antiguas supersticiones de una civilización, amparadas por el espíritu general de las leyes, quedarían a merced de la multitud, que no tenía necesariamente por qué ser ciega ni fanática: todas

las reformas iban en la dirección de ampliar el sufragio y extender la educación. Desde aquel día delicioso, y extraño, los conversadores han quedado en la retaguardia de nuestras consideraciones, comprometidas por la aceleración revolucionaria en la que seguimos viviendo. Nada nos cuesta imaginar, sin embargo, que, a solas y contenidos únicamente por el decoro de sus funciones diversas en la sociedad, el historiador inglés, el orador irlandés y el cardenal escocés –casi un compendio de lo que el historiador Peter Watson ha llamado, con algo de pompa y circunstancia, “la imaginación británica”– encontrarán puntos de acuerdo respecto a una visión de los acontecimientos que se había vuelto demasiado estrecha y a su posible falta de generosidad con quienes no compartían sus privilegios –solo Burke podría haber aducido que su condición de *novus homo*, como la de Cicerón, excluía los privilegios de cuna o fortuna–, igual que pudieron encontrarlos respecto a una perspectiva mucho más antigua de las tensiones características de la sociedad.

Conversaron desde luego en un año decisivo, el *Quatrevingt-Treize* de Victor Hugo, y es probable que para los tres esa perspectiva más antigua acabara siendo la de la Iglesia –la Iglesia católica– en pugna con el Imperio, que siempre es el mismo. Si el republicanismo clásico pudo ser irrelevante para la Ilustración radical –la Ilustración de los *encyclopédistes* y *philosophes* que tanto Burke como Gibbon denostaron conforme creyeron entrever la intolerancia que se asomaba por debajo de sus planteamientos, la seriedad mortal de la guillotina por debajo de la burla volteriana–, no lo fue para la Ilustración moderada, que lo era sobre todo por las expectativas que podían depositarse en la forma de gobierno, cualquiera que fuera, y los tres las depositaban en una monarquía constitucional y –especialmente en el caso de Burke– en una teoría de la causación histórica que le llevaba a defender la noción de un poder, en referencia al ejecutivo, que no debía ser ejercido. (La Constitución de los Estados Unidos favorecería el desarrollo de los *institutional restraints*, que para Burke eran tradicionales.) Que el republicanismo clásico no estaba exento de contradicciones era algo que el joven Gibbon había estudiado en uno de sus escritos menores sobre la figura de Bruto, a quien Shakespeare ya había dedicado una obra, que tal vez no fuera apropiado considerar una tragedia al margen de la historia, con el nombre de *Julio César*. El estudio de Gibbon sobre Bruto discurría en paralelo, de hecho, a la recuperación *tory* de Shakespeare –desde Alexander Pope hasta el doctor Johnson, una recuperación que no era en modo alguno escénica ni literaria sino política– y podía interpretarse que las *Roman Plays* fueran una continuación de la historia inglesa posterior a Enrique VIII e incluso que ofrecieran una pauta para la historia contemporánea, como Hazlitt advirtió al escribir que “cualquiera que estudie [*Coriolano*] puede ahorrarse el trabajo de leer las *Reflexiones* de Burke o los *Derechos del hombre* de Paine o los debates

en ambas cámaras del Parlamento desde la Revolución francesa o la nuestra”. *Coriolano* –con cuyo protagonista el último biógrafo de Burke lo compara explícitamente– y *Julio César* eran representaciones del republicanismo clásico que desembocaría violentamente en una nueva forma de gobierno en la que desembocaría también la Revolución –y la efímera primera República– en Francia: el Imperio (romano o napoleónico o británico). Gibbon insistía en un pasaje de Tácito crucial para la comprensión misma de su tarea como historiador: *quo magis socordiam eorum inridere libet qui praesenti potentia credunt extingui posse etiam sequentis aevi memoriam* (*Anales* 4.35).

La memoria del republicanismo clásico y de la sociedad civil, que hundía sus raíces en la filosofía política platónica, debía sobreponerse a la “potencia presente”, al poder actual del Imperio que había recorrido la escena europea y reaparecería entonces –solo Erskine sería testigo de ello, si bien Burke lo había advertido– al mismo tiempo que la Iglesia declinaba y se precipitaba su caída por obra de la Revolución. No es probable que la conversación, por espléndida y extraña que fuera, hubiera sido del todo jovial: aunque Gibbon hubiera acabado siendo un güelfo en el fondo y Burke –que veía en las *connections* el alma de la sociabilidad– defendiera las reivindicaciones de los católicos irlandeses e ingleses como una forma irreductible de pertenencia a una congregación mucho más social que teológica, no les habría sorprendido la irrelevancia de la Iglesia en las siguientes generaciones –la generación de los que estaban por nacer sin la que no es posible el contrato social– ni la tenue defensa de las catedrales que un joven Marcel Proust llevaría a cabo un siglo después: “Un monumento en ruinas no es un monumento desahogado”. (Proust no habría podido llegar a sus concepciones estéticas sobre la muerte de las catedrales sin la influencia burkeana, más allá del concepto de lo sublime, de John Ruskin.) Que a la ruina del Imperio le siguiera la ruina de la Iglesia por obra de la Revolución –tal debió de ser el cariz de la conversación– suscitaría en estos ilustrados moderados distintas evocaciones de imitación, reocupación y reemplazo. Un mismo biógrafo de Burke y estudioso de las revoluciones del mundo ha podido ver en Hegel simultáneamente al heredero de Gibbon –a quien leyó en su época de Berna y cuya falsilla es posible seguir por debajo de la precipitada redacción de la *Fenomenología del espíritu*– y de Burke, cuya visión del *dérapiage* revolucionario habría querido corregir. Pero el Estado hegeliano y su filosofía del derecho tenían que suplir demasiadas cosas en muy poco tiempo y evitar convertirse, en especial, como Burke había señalado en la segunda de las *Cartas sobre una paz regicida* a propósito del Estado francés, en el todo de la vida política: “The State is all in all”, una frase que debió ser una premonición del totalitarismo para quien tuviera oídos.

En noviembre de 1793 solo una conversación propia del siglo XVIII, que ahora casi no podemos ni siquiera imaginar en toda su delicadeza, habría

podido contener esa aprensión apenas civilizada. En la vindicación de cualquier sociedad, no solo de la natural, se corre siempre el peligro de adentrarse en una tierra encantada de la filosofía.

Comentario

Este artículo es una continuación de mi contribución a los monográficos dedicados a Edward Gibbon y lord Acton en Araucaria (2023 y 2024, respectivamente): <https://revistascientificas.us.es/index.php/araucaria/article/view/21729> y

<https://revistascientificas.us.es/index.php/araucaria/article/view/22160>.

Quiero agradecer a Antonio Hermosa Andújar su hospitalidad intelectual y humana. Muchas de las consideraciones que he vertido aquí remiten a mi libro *El tema imperial* (Ápeiron Ediciones, Madrid, 2024).

No hay, como indico en el cuerpo de texto, una edición crítica de las *Imaginary Conversations* de Landor, que en vida del autor comprenderían cinco volúmenes que pueden consultarse con facilidad en la red en las ediciones originales. Sobre Landor en general remito a la antología de *Conversaciones imaginarias* (ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2007) y a *Pericles y Aspasia* (ed. de A. Lastra y J. M^a Jiménez Caballero, Ápeiron Ediciones, Madrid, 2022). Menciono otros tres libros de Landor que pueden encontrarse en línea: *The Last Fruit off An Old Tree* (Edward Moxon, Londres, 1853), *Dry Sticks, Fagoted by Walter Savage Landor* (James Nicholl, Edimburgo, 1858) y *Charles James Fox. A Commentary of his Life and Character* (ed. de S. Wheeler, John Murray, Londres, 1907), así como la biografía de Sidney Colvin, *Walter Savage Landor* (1901), University Press of the Pacific, Honolulu, 2003.

La cuestión de fondo de la relación de Gibbon con el catolicismo consta en las introducciones a mi edición del *Ensayo sobre el estudio de la literatura* (Ediciones del subsuelo, Barcelona, 2022) y de las *Memorias de mi vida* (Cátedra, Madrid, 2022). A esta última me remito para la importancia de la tarea de lord Sheffield como albacea y editor póstumo de Gibbon. Para *La historia de la declinación y caída del Imperio romano* remito a la edición de David Womersley (*The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* [1776-1788, 6 vols.], Allen Lane, The Penguin Press, Londres, 1994, 3 vols.). Menciono en el texto el último párrafo del tercer capítulo de la obra, que se corresponde con la premonición del totalitarismo de las *Cartas sobre una paz regicida* de Burke con la que acabo. El párrafo en cuestión es este:

La división de Europa en una serie de Estados independientes, conectados, sin embargo, entre sí por el parecido general de la religión, la lengua y los modales, ha producido las consecuencias más beneficiosas para la libertad

de la humanidad. Un tirano moderno que no encontrara resistencia ni en su propio pecho ni en su pueblo pronto experimentaría una suave restricción por el ejemplo de sus iguales, el temor de la censura actual, el consejo de sus aliados y la aprehensión de sus enemigos. El objeto de ese displacer, al escapar de los estrechos límites de sus dominios, obtendría fácilmente, en un clima más feliz, un refugio seguro, una nueva fortuna adecuada a su mérito, la libertad de quejarse y tal vez los medios de la venganza. Pero el imperio de los romanos llenaba el mundo y, cuando ese imperio cayó en manos de una sola persona, el mundo se convirtió en una prisión segura y temible para sus enemigos. El esclavo del despotismo imperial, ya estuviera condenado a arrastrar su cadena dorada en Roma y en el Senado o a llevar una vida de exilio en la desolada roca de Sérifo o en las heladas orillas del Danubio, esperaba su hado con silenciosa desesperación. Resistir era fatal y era imposible escapar. A cada lado le rodeaba una vasta extensión de mar y tierra, que no podía tener la esperanza de atravesar sin ser descubierto, capturado y devuelto a su irritado amo. Más allá de las fronteras, su ansiosa vista no podía descubrir nada salvo el océano, desiertos inhóspitos, tribus hostiles de bárbaros, de modales fieros y lenguaje desconocido, o reyes dependientes, que comprarían alegremente la protección del emperador sacrificando a un molesto fugitivo. “Dondequiera que estés –le dijo Cicerón al exiliado Marcelo–, recuerda que estás igualmente bajo el poder del conquistador.”

El pasaje de Burke en la segunda de las *Cartas sobre una paz regicida* es el siguiente:

Francia difiere esencialmente de todos aquellos gobiernos que se forman sin sistema, que existen por hábito y que se confunden con la multitud y con la complejidad de sus propósitos. Lo que ahora se presenta como gobierno en Francia ha sido forjado con precipitación. El diseño es perverso, inmoral, impío, opresivo, pero es animoso y osado: es sistemático; es simple en su principio; tiene perfecta unidad y coherencia. En ese país, suprimir por completo una rama del comercio, extinguir una manufactura, destruir la circulación del dinero, violar el crédito, suspender el curso de la agricultura, incluso quemar una ciudad o devastar una provincia propia no les cuesta ni un instante de ansiedad. Para ellos, la voluntad, el deseo, la falta, la libertad, el trabajo y la sangre de los individuos son como nada. La individualidad queda excluida de su esquema de gobierno. El Estado lo es todo en todo. Todas las cosas se orientan a la producción de fuerza; luego se confían al uso de esa fuerza. Es militar en su principio, en sus máximas, en su espíritu y en todos sus movimientos. El Estado tiene como únicos objetivos el dominio y la conquista: dominio sobre las mentes mediante el proselitismo y sobre los cuerpos mediante las armas.

La carta de Gibbon en la que se menciona el encuentro con Burke y Erskine fue publicada por primera vez en el primer volumen de *Miscellaneous Works of Edward Gibbon, Esquire, with Memoirs of his Life and Writings, composed*

by Himself, illustrated from his Letters, with occasional notes and narrative, by John Lord Sheffield, Strahan and Cadell, Londres, 1796, 2 vols. (que Sheffield volvería a publicar en una edición de 5 vols. en 1814). Véase *The Letters of Edward Gibbon*, ed. de J. E. Norton, Cassell, Londres, 1956, 3 vols., vol. III, p. 365.

“Solo conozco que Tácito haya satisfecho mi idea de ese historiador filósofo”, escribió Gibbon en el cap. LII de su *Ensayo sobre el estudio de la literatura*. Lord Acton escribió que, si Burke hubiera continuado la tarea emprendida en *An Essay Towards an Abridgement of the English History* (publicado póstumamente en 1812), los resultados habrían estado muy por encima de Hume (*Selected Writings of Lord Acton*, ed. de R. Fears, Liberty Fund, Indianapolis, 1985, vol. I, p. 137). F. P. Lock, en su biografía de Burke, insiste en que “la historia era la base de su pensamiento” y en que “entendió intuitivamente la Revolución por medio de la historia” (*Edmund Burke*, vol. I, Oxford UP, 1998, p. 145; vol. II, 2006, p. 244).

He consultado <https://johnsonsdictionaryonline.com/> para *Odd* y otros términos empleados en el texto.

Sobre monseñor Erskine he consultado la obra del cardenal Gasquet, *Great Britain and the Holy See 1792-1806. A Chapter in the History of Diplomatic relations Between England and Rome*, Desclée & Co., Roma, 1919, y la de Robert A. Graham, S. J., *Vatican Diplomacy. A Study of Church and State on the International Plane*, Princeton UP, 1959. Quiero agradecer al profesor José Alfredo Peris Cancio y a la señora Amanda Vicent Escorihuela, de la Universidad Católica de Valencia, las gestiones para que el Archivo Apostólico Vaticano me facilitara una copia de la correspondencia de Erskine con el Vaticano durante su misión en Inglaterra. La figura de Erskine es muy poco conocida (los biógrafos de Burke no suelen mencionarlo) y merecería un estudio en profundidad. Sin la relación con la política exterior del Vaticano es muy difícil apreciar el rumbo posterior del pensamiento reaccionario o sencillamente contrario a la Revolución en Francia, desde Joseph de Maistre hasta Alexis de Tocqueville.

Para citar a Burke he consultado principalmente dos ediciones: *Select Works of Edmund Burke* (A New Imprint of the Payne Edition, ed. de F. Carnavan, Liberty Fund, Indianapolis, 1999, 4 vols.) y *The Writings and Speeches of Edmund Burke* (ed. de P. Langford, Clarendon Press, Oxford, 1991-2015, 9 vols.). También he consultado las ediciones de *Reflections on the Revolution in France* de J. G. A. Pocock (Hackett Publishing, Indianapolis & Cambridge, 1987-2005²), J. C. D. Clark (Stanford UP, 2001) y F. M. Turner (Yale UP, 2003). Doy en español los títulos de las obras de Burke. Tomo la última frase del artículo de la *Vindicación de la sociedad natural* de Burke (ed. de F. N. Pagano, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Trotta/Liberty Fund, Madrid, 2009).

Además de la biografía de Lock, me ha resultado muy útil la lectura de dos libros de Richard Bourke: *Empire & Revolution. The Political Life of Edmund Burke* (2015) y *Hegel's World Revolutions* (2023), ambos publicados por Princeton UP.

En *Parliamentary Thinking. Procedure, Rhetoric and Time* (Palgrave MacMillan, 2019), Kari Palonen ha elogiado el *Discurso a los electores de Bristol* de Burke como ejemplo de su paradigma de “pensamiento parlamentario”. Remito al artículo de Esmeralda Balaguer García en este monográfico.

He aprendido mucho de la recepción burkeana de Ralph Lerner. Véase, sobre todo, *Revolutions Revisited. Two Faces of the Politics of the Enlightenment*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill y Londres, 1994, p. 86: “El tema recurrente del *kalām* de Burke es el retorno. Afecta hablar solo el lenguaje primitivo de la ley, seguir los pasos de sus ancestros y subordinar su voluntad a su experiencia y sabiduría”.

Sobre la Ilustración radical he seguido en general los planteamientos de Jonathan Israel en la larga serie de libros que le ha dedicado. Cito explícitamente su afirmación de que el “republicanismo clásico” es “irrelevante en general para la Ilustración radical” (*The Enlightenment that Failed. Ideas, Revolution, and the Democratic Defeat, 1748-1830*, Oxford UP, 2019, p. 74). Remito también –por la inmensa importancia de los seis volúmenes dedicados a Gibbon por Pocock, *Barbarism and Religion* [1999-2015]– a la recepción de Israel, ‘J. G. A. Pocock and the “Language of Enlightenment” in His *Barbarism and Religion*’, *Journal of the History of Ideas* 77/1 (2016), pp. 107-127.

Es provechoso cotejar el último libro del historiador Peter Watson, que habría sido en la época de Burke un buen foxista: *The British Imagination. From Elizabeth I to Elizabeth II*, Simon & Schuster, Nueva York, 2025.

La cita de Hazlitt sobre *Coriolano* proviene de *Personajes de Shakespeare* (ed. de J. Alcoriza, Cátedra, Madrid, 2024, p. 108).

Sobre la continuidad del pensamiento estético de Burke a Ruskin, véase mi reseña de *La muerte de las catedrales* de Marcel Proust en *La torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales* 39/1, <https://revista.latorredelvirrey.es/LTV/article/view/1901>.